

## DOS POEMAS DE EUNICE ODIO

(En el Rep. Amer.)

He hablado con Eunice recientemente y muy pocas veces, pero he tenido la impresión de que entre nosotras hubiera una cordial y vieja amistad. Me viene al recuerdo aquella razón emersoniana: «Mis amigos han venido a mí sin que yo los buscara, el gran Dios me los ha reparado». Porque hay el prójimo, el semejante o congénere, el amigo y aun si se quiere, el hermano interplanetario. El ubicado a la misma par nuestra en aquel maldito rascacielo bíblico que se llama Babel de incompreensión. El que cuando nos cuenta sus pequeñas y menudas, sus ínfimas cosas serias, importantes y graves, siente nuestra simpatía y asentimiento en gesto humano, pero de nuestra parte, estrangulada la inquietud y nulificado el convencimiento, ahogamos en el propio corazón el claro grito de nuestra conciencia que para el culto Doctor y Excelentísimo don Sancho Panza de las menudencias trascendentales con quien hablamos, sería ahullido de salvaje o de loco, cuando no risible y estúpida algarabía de prensoras ridículas.

Me dijo Eunice por teléfono: «Se fué Marquina! No pudo quedar aquí!»

Y en este setiembre oficialmente ceremonioso de la mecánica patriotería y de la superficial liturgia banderil yo me he sentido orgullosa de mi patria. Y tan sólo, porque «Marquina no pudo quedarse aquí», en virtud de la profunda independencia que se produjo entre nuestro pueblo y la España negra de Fernando VII y de Franco—qué

enorme y qué gloriosa me ha parecido Costa Rica!

—Se fué para Nicaragua, continúa diciéndome Eunice, pero allá no le pasará nada y agrega—Qué terrible!

Yo comento con ella:—¿Pero es que Nicaragua antropológicamente hablando es un fenómeno sociológico de ciudadanos en estado pre-natal?... y convenimos en esto de—qué terrible!—Pobrecitos!—Quién sabe qué pasa?...

—Pasa, Eunice, que a pesar de ser nuestros vecinos del norte, o nuestros conciudadanos o nuestros hermanos son, en la realidad implacable del espíritu, nuestros interplanetarios.

En los dos poemas que aparecen aquí de Eunice Odio, ella se identifica con los «milicianos españoles de dentro y de fuera», con los que en España lanzan granadas y en Costa Rica esta apoteósica aunque humilde granada del tomate, que ha salido rojo de vergüenza de las cocinas a suplir la que no tiene tanto culto togado e ilustre letrado, para aventar hacia rumbos de oprobio a los Gonzáles Marín y a los Marquina...

Son poemas escritos con talento y espíritu, pero sobre todo, con el excelso valor lírico de la responsabilidad intelectual.

EMILIA PRIETO

Costa Rica, setiembre 11 de 1946.;

## LOS POEMAS SON ESTOS

POR EUNICE ODIO

(En el Rep. Amer.)

## NUBE Y CIELO MAYOR

A los Milicianos de dentro y fuera.

Porque en España ardía la voz,  
Ardía el vientre floral de la mujer  
en cinta con el mundo,

Ardía la arteria triste desnudada,  
Ardía el humus conciso de los hombres,  
Ardía el húmedo estuario de tu daga  
total y coronada.

Porque en España  
se cubrían de lujosos cadáveres  
los párpados de las muchachas  
y el alba cercenada  
soñaba con obispos y medusas,  
y murmuraba el hombre su cándida estatura  
más allá de su muerte conquistada,

Porque en España,  
Miliciano español  
encubierto de escombros doloridos,  
y tu cielo veloz acuchillado,

Mientras los enlutados  
perdían tu ancha jornada de magnolias,  
y revolotaban  
hasta variar la toda,

la gracia popular de las tahonas,  
tú estabas en la época lluviosa de tu sangre,  
y tu cuerpo,  
en aire de paloma entrecortada,  
recorría este suave desorden de ecuadores,  
esta fácil ternura de los rostros de América.

Salud  
Miliciano Español  
a tu frente miliar  
y a la turbia excelencia de tu sangre,

Salud a tu mejilla levantada,

Salud  
Miliciano Español

Discípulo tatuado  
en la cubierta entraña de Guernica,

Salud al espinazo de tu espada,

Porque en España,  
cuando los enlutados  
pactan en tu dulzor enrojecido,  
y comían de tu carne derramada,

tú eras como un ángel escolar  
en la esquina del mundo,

como un sol destapado con tu herida,

Salud

Miliciano Español,

gritero original de días degollados,

Herida desplomada en las puertas del hombre,

para que el hombre oyera

tu iracunda fragancia

y acogiera

el alto decaer de tu cintura,

el cálido color de tu armonía,

Salud a tu lacónica silueta

melancólico el gesto entre las rocas,

y la mirada envuelta en una lágrima,

Salud

hasta tu corazón más íntimo,

y en tu sudor más íntimo,

y hasta en el dorso

más olvidado de tu hueso,

desordenado y alto,

Salud a esa tu muerte aun desechada,

tu muerte aun húmeda y sola

al socaire del olivo,

Salud

Miliciano Español,

Dinamitero que ardes

con tu boca en armas

y tu fragor al cinto,

Salud hasta en tu niño fusilado

que deslinda su ombligo entre tu frente,

Salud

Miliciano Español

Porque cuando en España

los arzobispos desfondaban a Cristo

y le pateaban el muslo y los dedos largos,

tú estabas con el rostro dividido

y con el sexo lleno de semanas

eternamente oscuras.

Porque cuando los militares de medio rostro

mutilaban la era embarazada

y se masturbaban la mente con un paraguas,

tú estabas cerrado a todas las sangres,

parado sobre todos los asaltos,

y tu cuerpo de suave corola destituida

tenía una voz para tu mismo cuerpo,

Salud

Húsped funeral y hermoso,

Salud

entre tu frente que está al socaire del olivo  
aun sola;

porque aún

entre los relojes de los bufetes

y de los tocadores,

los arzobispos y los medios rostros de los trai-

dores,

se masturbaban la mente con un paraguas,

y en tu España,

en la mía,

en la de todos,

aún arde tu cuerpo como un clavel de asalto.

Aquí,

amigo,